

trasparente nunca aparece la nube de los celos.

La madre es el don de más precio que el cielo puede otorgarnos.

Con mucha razón ha escrito Guerrero en su linda novela estas sencillas y poéticas palabras: "No puede llamarse infeliz el hombre que al nacer recibe de su madre el primer beso, que encuentra durante su vida la mano de su madre para coronarlo en sus glorias y para enjugar su llanto; que lucha con él, y que al cerrar para siempre los ojos vé que recoge su último suspiro quien recogió su primer aliento."

Nunca es malvado el que a su madre adora.

ha dicho uno de los primeros poetas de la edad presente.

Y los poetas son los intérpretes del corazón.

La madre es nuestra providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida: nuestro apoyo más firme en los años siguientes de la niñez; nuestra amiga más tierna y más leal en los años borrascosos de la juventud. El amor materno es el único que jamás nos engaña; el único en cuyo horizonte sereno y

LA VIUDEZ. El que por vía de gracia ha escrito aque-lla palabra, sin duda no comprende más que el dolor de amar a un ser que no puede ser amado. El que por vía de gracia ha escrito aque-lla palabra, sin duda no comprende más que el dolor de amar a un ser que no puede ser amado.

## CAPITULO OCTAVO.

### LA VIUDEZ.

Dicen que el país del matrimonio ofrece la notable circunstancia de que muchos, viéndolo desde fuera, desean penetrar en su recinto, y muchos más, viviendo dentro, quisieran ser desterrados.

Pero como no puede ni debe creerse todo lo que dicen, excusamos rebatir esta proposición, más ingeniosa que cierta, en nuestro humilde concepto.

En el país del matrimonio no es aplicable el destierro: de ese país no hay más que una puerta que dé salida: la puerta de la muerte.

Los divorcios que el tribunal declara suelen producir rubor: el verdadero divorcio que la muerte establece, sólo produce dolor.

La viudez es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Se ha dicho por vía de gracia que cuando muere un casado, su esposa lo acompaña hasta la puerta del cementerio, pero no le sigue hasta la tumba.

¿Y qué sabemos nosotros, los hombres, de achaques del corazón, para juzgar las emociones que experimentará el de una mujer digna que pierde al compañero de su vida?

No le sigue hasta la tumba, porque se queda en la tierra para llorarlo, para rogar por él.

El que por vía de gracia ha escrito aquella bufonada, sin duda no comprende más sentimiento que el sentimiento que mata. Y entre todos los sentimientos del alma, como ha dicho un poeta, el que mata viene á ser el más egoísta y el más cómodo.

El mérito del dolor debe buscarse en la magnanimidad que lo sufre y en el llanto que lo expresa. Dejarse morir de pena es un género de suicidio menos vulgar que el del veneno y la pistola; pero suicidio al fin; y el suicidio es siempre cobarde y repugnante.

La mujer de talento y de corazón es más serena en las tribulaciones que el hombre más sereno.

Es muy difícil que el hombre sonría te-

niendo el alma desgarrada por el dolor. Y la mujer sonríe.

La pérdida de un hijo abate al padre, y no trastorna á la madre: la pena de aquel será más intensa, la pena de la madre es más viva y más penetrante.

La pérdida de la mujer representa para el marido la muerte de sus ilusiones.

La pérdida del marido representa para la mujer la muerte de sus esperanzas.

Al consignar estas verdades nos referimos á los verdaderos matrimonios, á los misteriosos engaste de dos almas, cuyos suspiros se confunden en uno, como el aroma de dos flores nacidas en un mismo tallo.

En los matrimonios que inventa el orgullo y realiza el interés, son aplicables casi todas las vulgaridades que acerca de este punto se han escrito.

No pueden exigirse iguales demostraciones ni condiciones iguales á la viuda de un hombre digno y leal, y á la viuda de un libertino.

Pero ni á ésta siquiera es completamente aplicable aquel epígrama en que se compara la viuda con la leña verde; que llora por un lado y quema por otro.

Hay ya muchos siglos que vivieron Artemisa y Porcia, y de entonces á nuestros días, si la humanidad ha variado en su manera de

sentir, ha sido para ganar; para sentir más todavía.

No: ni la viuda del libertino, ni la mujer que perdiendo á su marido pierde al tirano que la sacrificaba, deja de verter lágrimas; pero lágrimas del corazón: y es que la mujer perdona; es que tiene un tesoro de ternura; es que siente por sí y para sí; no como se cree de ordinario, para mostrarse digna de consuelo.

Se exceptúan de esta regla las mujeres que no tienen corazón; para éstas ni el matrimonio ni la viudez son negocios de vida ó muerte: son simplemente negocios.

La castidad de las viudas es, en el sentir de San Jerónimo, la castidad más difícil y meritoria.

El estado de viudez, según Mad. Girardin, es el estado más incómodo de la vida de la mujer, por cuanto que es preciso recobrar la modestia de la jóven, é imposible fingir siquiera su ignorancia.

El día en que la mujer se casa, adquiere, según el vulgo, toda la libertad que el hombre pierde.

El día en que la mujer enviuda, entra, se-

gun el vulgo, en el complemento de la libertad.

Rectifiquemos la opinion del vulgo.

El día en que la mujer se casa, pierde tanta libertad física, como libertad moral adquiere el hombre.

El día en que la mujer enviuda, peligran, si es que no perecen, su libertad física y moral.

La religion le impone deberes; se los impone la sociedad, se los impone, en fin, el recuerdo del hombre á quien perteneció.

Tiene razon Mad. Girardin; no hay nada más incómodo que el estado de viudez.

Sin duda porque es tan incómodo procuran salir de él muchas mujeres.

El amor de una viuda, sean cuales fueren sus atractivos, será bello como la dalia; pero carecerá, como la dalia, de perfume.

El candor juvenil es una rosa fragante y lozana: la lozanía y la fragancia de la rosa cautivan en primavera y mueren á la entrada del estío.

No es esto decir que el último y más pecado de los solteros actuales no sea ménos inocente que la más avisada de las viudas; pero de todas suertes, la sociedad, ó, por mejor decir, nosotros los hombres, hemos dispuesto que el honor de las mujeres sea para ciertos casos de vidrio, y el nuestro de hierro colado.

Ello es que la más candorosa de las viudas, según nuestro sistema especialísimo, tiene perdido para el mundo más que el primer libertino, siempre que esté en soltería.

Es mucha lógica la lógica de nuestro sistema.

Un viudo que se casa nos parece casi siempre un hombre cuerdo.

Una viuda que se casa nos parece casi siempre una mujer loca.

Para el alma apasionada de una mujer de talento, la viudez no es sino una ausencia más ó ménos prolongada. Las almas que en la tierra fueron una, deben esperar también serlo en el cielo.

La viuda que se casa deja viuda el alma de su marido.

Cuando se encuentren en otra vida más feliz, el marido la hallará unida á otro hombre.

Es de ordinario loca la viuda que pasa á segundo matrimonio, porque si fué feliz en el primero, debe su corazón y su existencia á la fidelidad, al sentimiento y á los recuerdos: si fué desgraciada, tenga en cuenta, porque es casi un axioma, que no hay segunda parte buena.

La sinceridad del amante, tratándose de una viuda, es muy dudosa. Si la viuda es seductora por sus condiciones sociales, entónces deja de ser dudosa la sinceridad: lo

que entónces se hace patente es la insensatez de la viuda.

En este caso quien más pierde es el aspirante: porque acepta á una mujer que ofrece síntomas de loca en el hecho de casarse, y síntomas de insensata en el hecho de no conocer que la engañan.

El marido de una mujer que ya lo ha sido de otro, y que además ofrece caracteres de locura è insensatez, tiene cuanto necesita para ser el mortal más venturoso de la tierra.

El riesgo sólo de que su esposa viva en una interminable conjugacion, comparando el *pasado* con el *presente*, importa más que todas las ventajas *futuras* que lo hayan arrastrado hasta la viuda.

Dos verdades para concluir:

La viudez, decorosamente mantenida, es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Las lágrimas de la viuda pierden su poética amargura desde el momento en que se acerque á enjugarlas la mano del amor.

que entonces se hace patente es la miseria  
de la vida.

En este caso quien más pierde es el casado:  
porque recibe a una mujer que ofrece  
siempre de lo que en el hecho de casarse,  
siempre de inasistida en el hecho de no  
haber que la educan.

El marido de una mujer que ya lo ha sido  
de otro, y que además ofrece caracteres de  
locura é inasistida, tiene cuanto necesita pa-  
ra ser el mortal más venturoso de la tierra.

El riesgo sólo de que su esposa viva en  
una interminable conflagración, cambiando el  
pesado con el presente imperte más que to-  
das las ventajas futuras que lo hayan atraído  
hasta la vida.

Don verdades para concluir:

La viudez, decorosamente mantenida, es el  
estado más respetable de cuantos pueden  
constituir la vida de la mujer.

Las lágrimas de la vida pierden su po-  
dero amarísimo desde el momento en que se  
acorde a esquivarlas la mano del amor.

Estos héroes no pelean en el campo; pero  
pelean con enemigos más poderosos que los  
ejércitos agueridos y las fortalezas al por-  
co: inez pugnas. El sol no tuesta sus me-  
jillas; pero las mantienen la abstinencia y la  
mortificación. Una blanca toca y una vesti-  
dura larga constituyen su sitial marcial; sus  
armas son la corona de la inmortalidad.

### CAPITULO NOVENO.

Estos héroes de pálida tez y de tranquila  
mirada viven en la clausura, lejos de la mu-  
lchumbre, como se acoran las palomas en el  
huevo de la tempestad ni el choque horrible  
de las espadas.

#### LA PROFESION RELIGIOSA.

Cuatro años hará próximamente que una  
jóven muy notable por su mérito y por su  
condicion social, concibió el pensamiento de  
sepultar en un claustro su belleza y sus en-  
cantos.

Aquella jóven consultó con diversas per-  
sonas su proyecto. Uno de sus amigos más  
leales le dirigió con tal motivo la carta que  
trascribimos.

Un paso más con reinan los sencillos, un  
paso más allá reina la vida: de este lado  
los placeres y el bullicio; de aquel, la peni-

“Hay en el mundo una clase de héroes  
que pasa para el mundo casi inadvertida.

No son héroes que desbaratan ejércitos y  
destruyen ciudades; ni visten la cota férrea,  
ni empuñan de continuo los bárbaros instru-  
mentos de matar.

Estos héroes no pelean en el campo; pero pelean con enemigos mas poderosos que los ejércitos aguerridos y las fortalezas al parecer inexpugnables. El sol no tuesta sus mejillas; pero las marchitan la abstinencia y la mortificación. Una blanca toca y una vestidura larga constituyen su arreo marcial; sus armas son la oracion; su corona de victoria es la corona inmarcesible de la inmortalidad.

Estos héroes de pálida tez y de tranquila mirada viven en la clausura, léjos de la muchedumbre, como se acogen las palomas en el hueco de una roca, donde no alcanzan los furros de la tempestad ni el choque horrible de las olas que se ensoberbecen.

Las pasiones de la humanidad son tambien olas gigantescas que se elevan en el mar de la vida y se estrellan contra el muro de un convento.

El dintel de aquella puerta puede considerarse como la línea divisoria de la carne y del espíritu; como la frontera del mundo material.

Un paso más acá reinan los sentidos; un paso más allá reina la virtud; de este lado, los placeres y el bullicio; de aquel, la penitencia y la soledad.

Dar ese paso es empresa más difícil que las conquistas de los guerreros y las victorias de los héroes de la tierra.

Dar ese paso es despedirse de las esperan-

zas del mundo, para extasiarse de gozo en la esperanza del cielo.

Al meditar en ese paso, que encierra todo un poema de valor, de magnanimidad y de ternura, podemos decir con un insigne poeta y carísimo amigo nuestro:

“Ojos que te ven entrar,

Nunca te verán salir.”

¿Sabes, amiga mia, lo que significa ese *nunca*?

Ese *nunca* dice que al cerrarse en pos de tí la puerta en donde quieres llamar, dejás á la parte de fuera el mundo y sus atractivos.

Ese *nunca* es el epitafio de tus ensueños de terrenal felicidad, de tus doradas ilusiones de ayer.

Ese *nunca* es la renuncia que haces de tu corazon de mujer para reemplazarlo con el corazon de un ángel.

Ese *nunca* es la epopeya de tu vida.

A ese *nunca* se llega ordinariamente por dos caminos opuestos. O por tener el corazon tan grande que no baste para llenarlo el corazon de un hombre, ó por tenerlo tan pequeño que lo desconcierte y destruya la más leve contrariedad de amor.

El primer camino, sembrado de flores, ostenta todavía las huellas de Santa Teresa.

El segundo, erizado de abrojos, no ostenta más huellas que las del dolor y la desesperación.

¿Sabes de cierto, amiga mía, cuál de esos dos caminos es el que hoy se ofrece ante tus ojos?

¿Conoces el mundo tan perfectamente, que puedas comparar la pequeñez que dejas con la grandeza á que aspiras?

¿Conoces tu corazón y tu cabeza tan perfectamente que puedas responder mañana de tus propósitos de hoy?

¿Conoces bien la majestad del Esposo que aceptas, para calcular la gravedad de la ofensa, si un día le llegases á ofender?

Tú que eres buena y discreta, ¿no comprendes lo horrible de la infidelidad en este santo consorcio?

Tú, que unida á un hombre serías esclava de tu deber y de tu juramento, ¿has medido la extensión del deber y de los juramentos con que pretendes aprisionar tu corazón?

No se trata únicamente del sacrificio de tu belleza, que por ser estremada es sacrificio de gran consideración. La belleza es don tan efímero y gracia tan pasajera, como que está á merced de unas viruelas imprudentes ó de una erisipela inoportuna.

No se trata del sacrificio de tu nobleza y de tu fortuna. La nobleza y la fortuna son el recurso prestado de las mujeres vulgares;

son armas de que jamás deben usar el talento y la virtud.

Se trata del sacrificio de tus afectos más íntimos, de tus recuerdos más dulces, de tus más halagüeñas esperanzas.

Medita, pues, en la magnitud y trascendencia de ese sacrificio heroico. Calcula tus fuerzas, y no te expongas á un riesgo más grave todavía que los riesgos mismos de que procuras huir.

Sea á tus ojos el claustro alcázar santo de más precio y suntuosidad que todos los palacios de oro y de zafir.

El huertecillo escondido, rico de aromas y de melancólica poesía, esmaltado de flores virginales, dividido en dos por el arroyo que lo fecunda, sea para tí morada más tranquila y deleitosa que los magníficos jardines, obra del arte, donde la atmósfera embriaga, donde apenas crece una flor que no esconda entre sus hojas espinas muy punzantes.

Si en noche serena y clara la luna viene á confundir sus destellos pálidos con los destellos de tu blanca frente, que no traiga á tu corazón memorias del mundo que abandonaste.

Si el aura mansa juguetea una tarde en tu ventana, que no venga á repetir en tus oídos algún nombre misterioso que turbe la tranquilidad apacible de tu espíritu.

El muro de hierro que ha de separarte del

mundo, sólo puede romperlo la mano de Dios.

Dichosa tú, si aciertas á penetrar con planta segura en el santo alcázar de la humildad y de la castidad, de la pobreza y de la oracion.

Dichosa tú, si tranquila y resignada en el fondo de tu alma, cambias por el sayal tus galas de hoy, y dando un adios al mundo de los sentidos, vuelas al de la más pura idealidad, donde te espera el noviciado de la gloria, de la inefable realidad del bien.

Dichosa tú, si con fria mirada puedes contemplar á cada instante las florecillas que cubren la que ha de ser tu sepultura, y el alto ciprés que ha de servirte mañana de centinela sombrío.

Pero infortunada tú si un dia te parecen muy espesos los hierros de tu reja."

## II.

Tal era la carta.

Ignoramos si la jóven á quien se dirigió es hoy en el claustro una *madre ejemplar*, ó es en el mundo una excelente *madre de familia*.

Esta averiguacion histórica no hace al caso.

Concluiremos con una observacion que no es solamente histórica.

Los *espíritus fuertes* de nuestro siglo se burlan ó se compadecen de las que llaman pobres almas, víctimas de la preocupacion, de la ignorancia ó del fanatismo.

Esos *espíritus fuertes* son las criaturas más ridículas que existen sobre la tierra.

Un convento es para ellos una casa sombría donde se albergan séres desgraciados; séres que no pueden percibir la dicha del amor.

¡Insigne ceguedad!

Un convento es hoy el arca misteriosa que flota sobre el torrente de las pasiones y preserva de la general inundacion el gérmen santo de la virtud.

En esa casa sombría se albergan séres afortunados que perciben en toda su pureza la dicha del amor.

Entre este amor y el de los *espíritus fuertes* media un abismo.

Mientras el mundo se agita en confuso torbellino, mientras conmueve á las sociedades el huracan de la impiedad y del escepticismo, unas pobres mujeres oran por el mundo; piden misericordia para los impíos, y luz para los escépticos.



Y la oracion de aquellas almas virginales se eleva en el espacio y penetra en las regiones de la armonia suprema.

Son ángeles tutelares de la humanidad. Por eso la humanidad las admira, las respeta y las bendice.

171

las lágrimas son todo que se queda en la tierra; y los males herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esas ángeles del amor flota en las regiones del cielo que en las abrasadas llamas del Infierno en el campo de batalla de las guerras religiosas.

Esas es el emblema de la ternura y la bendición.

## CAPITULO DECIMO.

Se han sucedido en el globo horribles catástrofes, entre otras tantas por efecto de las revoluciones.

### LA HERMANA DE LA CARIDAD.

El siglo de la revolución tiene como emblema de la amabilidad en que se agita la sociedad. Pero sobre las ruinas que amontonaron los horribles catástrofes, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido inextinguible luz.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su Providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice: criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus. ¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y